

LOS SECRETOS DE LA MEMORIA

VÍCTOR MEZA

Por fin, luego de muchos años de silencio y secretos, la Cancillería argentina, es decir el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, ha empezado a desclasificar buena parte de la correspondencia diplomática intercambiada en el periodo comprendido entre los años 1976 y 1983. Es un conjunto de documentos – cables, informes, cartas, avisos, evaluaciones, análisis, etc. – que las diferentes embajadas de Buenos Aires enviaban o recibían, hacia y desde su Cancillería. Son, en total, 5,832 documentos de valor e importancia diversa, pero que representan un interés específico para cada país que aparece involucrado en el contenido de los mismos.

Ahí, en medio de esos papeles casi olvidados, está la correspondencia diplomática que la embajada argentina en Tegucigalpa enviaba a su “casa matriz” en aquellos años aciagos y terribles, en los inicios mismos de la década de los años ochenta. Eran los tiempos duros y difíciles de la convulsión política y militar que envolvía a Centroamérica, en pleno fragor de la guerra fría. Los años en que un grupo de asesores militares argentinos ayudaban a los soldados de la antigua Guardia Nacional de Nicaragua, derrotados por las fuerzas sandinistas y refugiados en territorio hondureño, para recomponer sus filas y hacer frente, otra vez, a jóvenes guerrilleros que habían derrocado la dinastía somocista y empezaban la revolución en el vecino país. La Contra, como se conocía al nuevo ejército que nacía de la reciente derrota, había montado sus campamentos en nuestro territorio, gracias a la colaboración cómplice de los militares hondureños, con la tolerancia servil y casi entusiasta del gobierno liberal de Roberto Suazo Córdova y sus colaboradores más cercanos.

Pero aquellos asesores venidos desde tan lejos, desde el cono sur, no se limitaban a ayudar sólo a los Contras nicaragüenses; también transmitían su siniestra experiencia, el mal llamado “método argentino”, a sus colegas hondureños, aprovechando el entusiasmo casi delirante que los militares gauchos despertaban en el ánimo del General Gustavo Álvarez, jefe indiscutible de las Fuerzas Armadas y hombre fuerte del gobierno liberal. El enloquecido General, a quien sus más cercanos conocían por el apodo de “Che Álvarez”, por alusión a los años que pasó en el Colegio militar de Argentina, no vaciló en importar la macabra metodología sudamericana para desaparecer personas, torturar a los “elementos subversivos”, asesinar a los rebeldes y perseguir a los disidentes. Juntos todos estos personajes, asesores y asesorados, como en un aquelarre macabro, sembraron el terror en la sociedad y cubrieron de sangre el territorio nacional.

Hoy que los “documentos clasificados” están saliendo a la luz pública, gracias a la valiente y necesaria decisión del gobierno argentino, los hondureños podremos conocer muchas cosas que han permanecido en el misterio o resguardadas en las bóvedas del secreto. Ahí aparecerán, seguramente, los nombres de aquellos que, en un grupo inicial de quince, viajaron a Buenos Aires en el año 1980 para recibir un “curso especial” de ocho meses de duración que habría de convertirles en diestros torturadores y desalmados violadores de los derechos humanos. Aparecerán apellidos muy comunes en Honduras como son los Discua, Cabrera, Pinel, Godoy, etc. Conoceremos la historia de este grupo y su refugio inicial en una casa-finca en donde -¡vaya ironía de la historia! - alguna vez estuvo hospedado el poeta nicaragüense Rubén Darío.

En ese grupo inicial de verdugos entrenados están varios de los fundadores del escuadrón de la Muerte en Honduras. Para ayudarles en su macabra tarea, llegaron muy pronto algunos de los antiguos instructores argentinos, entre ellos Osvaldo Ribeiro, conocido como “Balita”, quien ayudó a organizar y montar una llamada Escuela de Inteligencia que inicialmente funcionó en las que fueron las instalaciones de una llamada

“Industria Militar”. Ahí se reunía, formaba y deformaba el llamado “Consortio”, nombre clave que adoptaron los miembros del Grupo Especial de los primeros quince.

Estos y otros datos tan interesantes y reveladores irán apareciendo poco a poco entre los documentos recientemente desclasificados. Es la hora de los ofendidos, el turno de las víctimas, aunque solo sea para poder conocer la verdad de los hechos y la historia real, tal como efectivamente sucedió.